

María Zambrano

La ciudad

Semana, 22 de abril de 1964.

Semana, 11 de noviembre de 1964.

M-77, 1964.

M-299, 12 de noviembre de 1964.

La ciudad, creación histórica

La historia humana llega a serlo verdaderamente cuando ofrece algo que trasciende de los acontecimientos de los hechos por importantes que sean, cuando crea algo. Y crear no es lo mismo que producir, aunque en toda humana creación subsista siempre un rastro o un residuo de producción. Lo producido es ciertamente un resultado de una intención aún de una voluntad, pero es eso: un resultado en cierto modo previsto de una acción conjugada con las circunstancias. Mientras que la creación va más allá, añade algo nuevo, positivo, impensable un instante antes de que aparezca y que una vez aparecido se da a ver como esencial. Algo necesario y al par milagroso.

Lo que es solamente producto se extingue en un tiempo no menos largo; lo que es creación perdura y, todavía más, es fuente de creación ilimitada. Es como si se tratase de una segunda vida, que como vida coloniza espacios lejanos, y en ellos nace de nuevo fiel a su forma esencial, mas con forma diversa y prodigiosamente múltiple. Pues que la vida es unidad que se vierte en incontable multiplicidad de formas de vida, de individuos, de personas.

Pocas cosas hay en la humana historia que tengan más carácter de creación que la ciudad. Es diversa del Estado, pues que ha habido ciudades, las más perfectas y ejemplares, que han sido a la vez estados y han existido otras que solamente han vivido como ciudades y a veces sede de un estado o de un reino.

La ciudad es lo más creador entre las estructuras de humana convivencia por serlo en sí misma, y por haber sido a su vez el lugar donde las creaciones del espíritu humano se han dado, como una planta que en ciertas ciudades especialmente brotara. A guisa de ejemplo, se puede recordar todo lo que en el orden de las artes, incluido el arte de gobernar, dio al mundo la ciudad de Florencia, en la ciencia, en grandes hombres nacidos en ella o en sus contornos, como Dante, Leonardo, Boticelli, Miguel Ángel, Galileo, Maquiavelo, y el extraordinario, original gobernante que fue Lorenzo el Magnífico, para no citar sino a los más universalmente conocidos de sus hijos.

Una ciudad es también una arquitectura, un hablar, unas tradiciones religiosas y profanas, unas costumbres, un estilo y hasta una cocina: un orbe entero que lo contiene todo; un sistema de vida. Un lugar privilegiado, una luz que le es propia, un paisaje.

Y es también una ciudad un rumor que resuena por plazas, por calles; unos silencios que se estabilizan en lugares de donde nada puede romperlos; un tono en las voces de sus habitantes y una especial cadencia en su hablar; una altura en los edificios y un modo de estar plantada en el lugar que le es propio. Y así hay ciudades horizontales paralelas al horizonte que se ensancha mirando desde ellas, y ciudades que se alzan como torres, lo que sucede independientemente de la altura efectiva que alcancen sus construcciones. Y así sucede igualmente con los monumentos, hay una Plaza en Córdoba, ciudad horizontal si las hay, donde un crucifijo de piedra llamado «el Cristo de los faroles» se alza alta, absolutamente alta, hacia el cielo, lo que no puede ser atribuible a la modesta dimensión de ese sencillo monumento.

La ciudad se modula entre cielo y tierra revelándolos a los dos, poniéndolos en relación, conjugándolos. De ahí la tristeza de la mayor parte de las extensiones urbanísticas de hoy que son simples conglomerados donde el hombre se aloja, pero no puede albergarse. Pues que no se vive en una casa sino en una ciudad. Y esto: que el hombre viva en una ciudad ante todo y no solamente en una casa, parece ser que se haya olvidado. No se trata de un simple olvido pues que el mecanismo del olvido obedece a ciertas leyes. No es propiamente la memoria lo que había que explicar, es el olvido lo que pide ser explicado, como sucede en el amor. Y todo viene a ser amor, fe. Todo lo que es creación humana hunde en el amor y en la fe sus raíces.

Y así parece lícito preguntarse si acaso no será que se haya perdido la fe en la ciudad, aunque las ciudades, los pueblos existan. Pero no como antes, es decir: que la ciudad de hoy venga a ser un resultado, un «producto» y no una creación, según la distinción que señalábamos al comienzo de estas líneas.

Raramente hoy surgen ciudades; lo que se edifica son extensiones urbanas, urbanizaciones. Se comienza, esto, como se comenzaba en la ciudad antigua, por acotar un terreno o por aprovechar uno que ya estaba poblado, pero se hace con un interés muy diferente. La ciudad antigua era un espacio sacralizado, una especie de expresión de un voto, es decir: de una fe y de un amor. Tenía ante todo y antes que nada un centro y unos límites. En la ciudad mediterránea se trazaban dos grandes calles principales en cruz y así formaban los cuatro barrios de la ciudad que venía a ser prácticamente un círculo con sus murallas. Era la ciudad ante todo un templo. Pues que templo es el lugar donde el hombre por el solo hecho de estar en él, se siente entre cielo y tierra, en su sitio; en el lugar del hombre en el cosmos, usando la afortunada expresión del filósofo hebreo

alemán Max Scheler, título de uno de sus libros. Buscar el «lugar del hombre en el cosmos» es buscar un templo. Un lugar donde el hombre, conservando su soledad, está en comunicación y en compañía. Que sin soledad y compañía el hombre está desquiciado. Y ahora en las extensiones urbanas, producto del ocaso y de una, desde luego, laudable voluntad de dar a los hombres un alojamiento sano y confortable, el hombre se siente no solo, sino aislado. Le falta el centro; el sentirse ser miembro de una ciudad que tiene una función creadora, que tiene un honor al cual la vida misma se debe. Falta el contenido moral y en amplio sentido religioso. La ciudad antigua por sí misma era una religión y al serlo era una inspiración. Y espero que no entienda el lector que esto quiere decir que haya que implantar obligatoriamente el culto a una determinada confesión religiosa; que haya que renunciar al bien supremo del respeto a las diferencias de confesiones religiosas y naturalmente, de razas. En este punto no es posible volver atrás. No; la cuestión no es renegar de la «democracia», sino cumplirla. En aquellas maravillosas ciudades con barrios inmundos, gentes condenadas de por vida a la humillación y al hambre; injusticia; esclavos en una u otra forma. La cuestión, el empeño es eliminar todo eso y crear centros, ciudades verdaderas. Ciudades nuevas ciertamente, donde resplandezca un orden, una armonía, en cuyas entrañas no se esconda la miseria y la humillación; donde no haya palacios en cuyas mazmorras giman los condenados bajo el rumor de la fiesta; donde no haya lugares donde bárbaramente o con procedimientos asépticos, dé la muerte y se torture. Sí, puede parecer un sueño. Pero sueños han movido en parte la humana historia. El caso es soñar bien; soñar con la conciencia despierta.

La ciudad

La ciudad. Una ciudad. Una ciudad cualquiera. La de cada uno, pues que cada hombre tiene su ciudad, la suya propia e intransferible la que no cambiaría por ninguna otra en el mundo, y la que no podría tampoco cambiar, ya que la ciudad es el lugar entre todos donde nuestra vida social y en ciertos aspectos esenciales íntima, crece y se expande. Porque la ciudad donde hemos nacido, crecido, donde quizás han nacido también nuestros antepasados, es la matriz, la madre que nos nutre y sustenta aun sin que nos demos cuenta de ello.

Mas un día, inexorablemente, nos damos cuenta de lo que es nuestra ciudad para nosotros. Un día, cuando nos hemos alejado de ella o cuando por algún acontecimiento de esos que está sembrada de historia, la perdemos aun quedándonos en ella.

Y ciudad en este sentido es no solamente la grande ciudad, la metrópoli, ni la pequeña ciudad provinciana, sino también el pueblo y aún el poblado o caserío donde nacimos o crecimos, donde ante todo aprendimos a hablar. Y aprendiendo a hablar, a ver, a mirar; a oír y escuchar; a reconocer las cosas y los seres dándole un nombre.

Donde nos fueron trasferidas las primeras imágenes del mundo todo, visto; sentido desde «allí».

Pues que la ciudad en este sentido amplio y genérico es un lugar geográfico. Mas en este mundo no existen para el hombre lugares exclusivamente geográficos, sino lugares históricos, aunque, en algunos casos, poca historia haya habido en ellos. Historia, en este sentido amplio, genérico, es ante todo tradición: idioma, modos de considerar la vida, creencias religiosas, costumbres, formas de decir y de actuar, en suma: lo que se podría incluir en una amplia, genérica, definición de un «estilo de vida». Y con mayor precisión todavía con el término del filósofo alemán Dilthey 'Weltanschauung', es decir, visión o concepción del Mundo. Se ve y se mira el mundo todo desde un lugar determinado: un lugar donde nos sentimos estar cobijados, un lugar donde las cosas y los seres nos hablan directamente en un lenguaje que con palabras o sin ellas, no nos vemos obligados a traducir. Y este lugar lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestra vida, aunque hayamos entrado en familiaridad con otros lugares y con formas de cultura e idiomas diferentes.

Jorge Santayana, el filósofo de origen y nacimiento español, como se sabe, se trasladó a Boston junto con su madre y sus hermanos cuando contaba tan solo diez años. Allí, en Boston estudió y allí fue profesor; extrañamente no tuvo éxito alguno en una tentativa de entrar a formar parte en el Ministerio de Estado de España como traductor e intérprete que hizo en uno de sus frecuentes viajes a la Patria, cuando tenía poco más de veinte años. La «patria», hemos escrito porque nunca perdió su nacionalidad española. Después, dejada la cátedra, se retiró a vivir en Inglaterra y al fin se instaló en Roma donde murió tras más de veinte años de habitar en ella. Escribió como se sabe, en inglés todas sus obras de filosofía y de crítica y su única, extraordinaria novela *El último puritano*. Pero, en sus memorias, dice que ha mirado siempre el mundo desde Ávila, tal como la vio, ha seguido mirando, viéndolo todo, ya que todos, dice, necesitamos de un mirador. Y quizás por esto, pienso, no quisiera cambiar una nacionalidad de la que ningún provecho ni ventaja alguna había extraído ciertamente. Este lugar donde nos hemos iniciado a la vida es propiamente la ciudad primera, la que nunca se pierde se vaya donde se vaya después, sea o no lo que propiamente se llama una ciudad.

La casa: el patio

La casa mediterránea se puede decir que consistía ante todo en un patio. En un espacio vacío pues y abierto al cielo: a la lluvia, al sol, a la luz y al patio daban las habitaciones todas de la casa; tras de este primer patio había otro que quedaba a veces cerrado por un muro en vez de por un cuerpo de habitaciones donde se desarrollaban los oficios domésticos. Al exterior, calle, plaza o campo la casa apenas ofrecía apertura laguna: algunas pocas y nada amplias ventanas.

La casa fue concebida en los lugares que son la fuente de nuestra civilización como un recinto lo más cerrado posible. Refugio, fortaleza y que encerraba un espacio libre, vacío... un espacio propio. Un recinto propio que reproducía en su estructura en cierto modo un pueblo. Y lo que es más importante, un recinto que guardaba dentro de sí el ambiente de libertad, el espacio, el aire, la luz. De la cueva originaria tenía el ser refugio, lugar cerrado, sólo eso.

El patio así es el centro de la casa en todos los sentidos. Es como una estufa que distribuye el calor y el aire. En ella siempre ha de haber un rincón donde el sol, siempre uno a la sombra. Por sus paredes se ve girar la luz del día y entra la noche con su misterio. Es un mirador del cielo, un lugar de contemplación y en este sentido un templo. «Templum» era allá en Babilonia el lugar desde donde se contemplaba el firmamento.

Y el patio era el centro de la casa humanamente también. En él convivían todas las personas de la familia y los huéspedes acogidos a su hospitalidad. Y a él en el buen tiempo llegaban los visitantes para tratar los asuntos de la ocasión. Era a modo de «agora» doméstica.

Y así gracias al patio, la casa tenía, tiene donde lo siga habiendo verdadera intimidad, es decir; anchurosa, abierta intimidad donde la vida de relaciones son sin invadir las habitaciones de cada uno, la alcoba lugar inaccesible, el comedor destinado únicamente a este uso, las salas de recibir en días y ocasiones solemnes. El patio es en verdad un lugar mediador. Un lugar mediador es el patio entre el espacio ilimitado y el espacio acotado, cerrado de las habitaciones de la casa. Y las habitaciones no tienen, cuando hay patio, por qué abrirse desmesuradamente al exterior ni mucho menos ser esas especies de jaulas de cristal donde no existe intimidad ninguna. El hombre necesita del aire libre, del sol, del contacto con los elementos, pero su «estar» necesita de un sitio propio, comunicado con los elementos, mas no en medio de ellos. Se trata de una cuestión psicológica, quizás metafísica tanto más que física.

El patio es también jardín. Famosos son los floridos, encantados patios de Andalucía que yo he visto modulados de ciertas maneras en los maravillosos patios antillanos. De origen árabe, no puede por menos de no simbolizar, creo, algo muy islámico pero no extraño a la mente cristiana: la rememoración del paraíso terrenal. El patio, el nuestro, el patio hispano es símbolo y recuerdo de ese trocito de paraíso irrenunciable que según padres de la Iglesia como San Agustín, queda intacto en el alma.

La casa y su melodía

Que en una casa habitada se escuche música porque sus moradores la amen no es cosa que a nadie pueda sorprender, aunque no deje de ser como parecer ser que sea todo hoy, una fuente de conflictos en

la convivencia. Pues hay quienes no la aman o aman solamente la que ellos escuchan. Y conflicto ya es hoy en las modernas ciudades el tocar el piano en casa o cualquier otro instrumento que altere el silencio, al menos teórico, que cada día se lucha más por obtener.

No es esa la música a la que estas líneas se refieren, a la música que en uno u otro momento suena dentro de una casa porque alguien toca un instrumento, o abierto el botón de la radio o puesto alguien en marcha el giradiscos. Nos referimos y ello puede causar una cierta extrañeza a la música que una casa, ella de por sí, ella en sí misma, tiene. Depende esta música en gran parte de sus moradores, de sus idas y venidas, y del ritmo que en ellas tengan; del tono y del timbre de las voces humanas que en ella resuene y hasta del ladrido de los perros, del canto de los pájaros y del ronroneo del gato. Depende sobre todo del orden con que se vayan cumpliendo los actos de la vida cotidiana ante todo. Mas resulta que ello depende a su vez de la casa misma.

Una casa es un orden; un orden para ser vivido continuamente. Y un orden es una música cuando se cumple. Un orden se sigue en el espacio y en el tiempo. El orden vivido no es objeto de contemplación sino de acción; es un percibir para hacer; es un modo de movimiento que se sucede como una cadencia. Músicos en verdad somos todos aunque cuando cumplimos las acciones de nuestra vida en forma acordada contra la impertérrita realidad —pues que la palabra es agua allí donde la realidad piedra.

¿Cómo usar pues, de la palabra con la deliberada intención de fijar hechos y de fijar sobre todo, al sujeto viviente que lo mira, petrificándolos? Aun la española «novela picaresca», género de tan extremado realismo, el lector se siente movido por ese incesante fluir de la palabra que penetra la realidad y la aligera y la musicaliza. Y por ello es escuchada y penetrada deslizándose en lo más secreto del ánimo del lector que se queda, eso sí, ante ella sin defensa posible. Encantado por la música sorbe la palabra y con ella la realidad que no quiso oír; entregada, ablanda la conciencia como sucede con la música, deja pasar al alma y al corazón, ese llanto de las criaturas y el canto del destino. Y sin remediarlo, el más impertérito, pétreo lector se pasa de la parte de esas criaturas que recién han recibido un nombre. Y respira entre ellas, con ellas. Ya que entrar en la realidad no es verla ni tan siquiera oírla; es respirar y moverse entre ella, entrar con ella en una relación tan que se nos revele y nos revele lo que es vida.